

Alfredo Colitto

PESTE

Título original: *Peste*

Primera edición: 2017

© 2014, Alfredo Colitto
© traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2017
© de esta edición: Bóveda, 2017
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-30-2
Depósito legal: SE. 139-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Dedico esta novela a mis padres, Odilia y Achille, que siempre han respetado mis decisiones, aun las que no compartían. Ha tenido que pasar mucho tiempo para que me diera cuenta de lo importante que era.

PRÓLOGO

UNA HORA DESPUÉS DEL ALBA, LA FLOTA FRANCESA A LA gira en el Mediterráneo seguía inmersa en la bruma. Abajo, agua de color plomo en todas direcciones. Alrededor, un aire sin viento, estriado por una lluvia finísima. En el puente de popa del buque insignia, Enrique II de Lorena, duque de Guisa, conde d'Eau y príncipe de Joinville, miraba incrédulo por el tubo de cuero del catalejo la fila de velas blancas que habían aparecido en el horizonte de aquel mundo acolchado. Se esperaba resistencia, naturalmente, pero no tan pronto ni desde aquella dirección.

Se sacudió la lluvia que goteaba por las faldas del sombrero emplumado y aceptó con indiferencia la capa encerada que un marinero le echó por los hombros. Estaba totalmente concentrado en los navíos. Precisamente el día que esperaba poder celebrar su triunfo definitivo sobre la ciudad de Nápoles, la empresa estaba a punto de fracasar incluso antes de empezar. Siete años antes, en 1647, los napolitanos le ofrecieron ponerse a la cabeza de la renqueante república que se constituyó después de la revuelta de Masaniello. Enrique vio la oportu-

tunidad de volver a poner el reino de Nápoles bajo el dominio francés —en particular, de su familia— y aceptó. Sin embargo, en la patria, el poderoso cardenal Mazarino no lo apoyó; en Nápoles, el pueblo empezó a desconfiar de él enseguida, y Enrique se quedó solo. Al final, cuando los españoles reconquistaron la ciudad, lo arrestaron y estuvo encerrado varios años en Capua, Gaeta y España. Ya había pasado un año desde que Enrique de Guisa por fin pudo regresar a Francia, donde descubrió que en la corte todos se reían de él. Después de rebajarse a dirigir una república fundada por el pueblo, se decía en París, ni siquiera había sido capaz de mantener su puesto y había dejado que lo destituyeran y arrestaran.

Así fue como se le ocurrió la idea de conquistar Nápoles con un ataque desde el mar, violento e inesperado. Aquella sería su revancha contra los napolitanos y los españoles.

Oyó unas pisadas a su espalda.

—Nos han traicionado —dijo sin apartar la mirada del mar.

Al darse la vuelta vio que era el tercer oficial, el señor Fournier. De unos treinta años, menudo, pálido, con una melena oscura que apenas le llegaba al cuello del jubón, la nariz aguileña y la boca chica, Fournier era lo menos parecido a un lobo de mar. Tal vez por eso, durante el viaje Enrique había pasado más tiempo con él que con el comandante del buque.

—¿Quién es el enemigo? —preguntó el oficial quedándose a medio paso de él—. ¿Logra distinguir qué bandera ondea?

Enrique de Guisa le pasó el catalejo.

—Tome. Usted es más joven y tiene la vista más aguda.

Fournier apuntó con el instrumento, observó el mar largo y tendido y negó con la cabeza.

—Yo tampoco logro distinguir aún las banderas, señor duque, pero he contado los navíos. Son veinticuatro. Los seis



menores, de los que solo se ven las velas más altas, deben de ser corbetas y fragatas. Los demás tendrán al menos cuarenta cañones cada uno.

No añadió nada más, dejando que el duque sacara sus propias conclusiones. Cualquiera que fuese su bandera, aquella flota los doblaba en número. Entablar batalla resultaría fatal.

Enrique no daba crédito. Cuando el grito del vigía rompió el silencio de aquella alba de octubre, la flota francesa, aún visible desde Nápoles, estaba tomando posiciones para el ataque. El plan era asaltar al improviso los galeones españoles que se hallaban atracados en el puerto, de forma que no pudieran echarse a la mar. De aquel modo no habrían podido organizar una defensa eficaz, al tiempo que habrían evitado un feroz cañoneo desde tierra, puesto que los españoles no habrían querido arriesgarse a disparar contra sus propias naves. Habría seguido el desembarco y una batalla sangrienta por las calles de la ciudad, pero Enrique confiaba en el factor sorpresa para conseguir una victoria rápida y con pocas bajas.

A continuación, una vez que la ciudad quedara en manos de los franceses, el rey Luis habría mandado naves y tropas de refuerzo y nadie habría podido impedirselo, ni la madre, Ana de Austria, que ya no era regente, ni el cardenal Mazarino. Luis XIV tenía dieciséis años, pero ya se había hecho con las riendas del poder.

La flota enemiga seguía acercándose, hasta que por fin Enrique logró distinguir la bandera del palo mayor del buque insignia. Y al poco tiempo reconoció la nave.

—Son ingleses —anunció con rabia—. Y al mando está sir Robert Blake.

A su alrededor, aparte del ligero murmullo de la lluvia, tan solo se oían los crujidos de los palos del navío. En cuanto el vigía advirtió su presencia, Fournier hizo amainar las velas y

pasar la orden al resto de la flota. Todos los marineros estaban en sus puestos, esperando órdenes.

—Me imagino quién ha podido avisarlos —dijo Fournier con amargura.

Enrique asintió. Al reconocer la nacionalidad de su enemigo, todas sus dudas se disiparon.

—Ha sido Mazarino —afirmó—. Ha avisado a los ingleses para impedirme conquistar Nápoles sin tener que dar la cara. *Merde!*

El cardenal Mazarino, su eterno adversario, ya le negó su apoyo en tiempos de la república napolitana, de modo que no era de extrañar que tratara de obstaculizarlo de nuevo; y esta vez con más razón, puesto que acababa de regresar a París tras varios años de exilio y necesitaba volver a ganarse el favor del rey. No podía correr el riesgo de que una operación a la que él se opuso en su día tuviera éxito, pero tampoco podía intervenir directamente contra un compatriota, de modo que advirtió a los ingleses, que evidentemente querían evitar la expansión del dominio francés por el Mediterráneo. Estaba dispuesto a traicionar a su propio país con tal de impedirle la victoria a él.

Se le acercó el comandante de la nave.

—¿Qué hacemos, señor duque?

Enrique de Guisa se dio media vuelta.

—Nos retiramos —dijo entre dientes—. Tal vez podríamos entablar batalla y ganar, en un acto de heroísmo, pero la posibilidad de atacar Nápoles por sorpresa se desvanecería con los primeros cañonazos.

El comandante hizo una reverencia y se alejó para transmitir las órdenes al segundo de a bordo, que a su vez las pasaría a la tripulación y al resto de la flota.

—Sabia decisión, señor —comentó Fournier—. La retirada estratégica no es un deshonor.

—Pero volveremos —aseguró el duque—, volveremos pronto. —Mientras lo decía se dio cuenta de que estaba realmente determinado a hacerlo, y ya se le estaba ocurriendo una idea—. En cuanto Mazarino se convenza de que he abandonado el proyecto, zarparemos a escondidas y atacaremos por sorpresa.

—Estoy seguro de que la próxima vez lo conseguiremos —dijo Fournier con prudencia.

Enrique asintió.

—Pero necesitaremos un apoyo interno.

—¿Un apoyo interno? ¿A qué se refiere exactamente?

—A alguien que, en el momento del desembarco, cree desorden en la ciudad, facilitando el ataque. De este modo, cuando la noticia llegue a Francia, todo habrá terminado. El rey Luis se alegrará de anexionarse el reino de Nápoles y a Mazarino no le quedará más remedio que poner buena cara.

Fournier apretó los labios, pensativo.

—¿Ha pensado ya en las personas que podrían ayudarle?

—A una la tengo ante mí en este momento.

El oficial puso cara de no haber entendido bien.

—¿Yo, señor duque? —dijo sencillamente después de meditar la respuesta.

—¿No le ha extrañado que le haya hecho tantas preguntas sobre su vida estos días? —preguntó Enrique de Guisa.

Fournier le dirigió una mirada directa, al límite de la falta de respeto.

—Efectivamente, así es.

—El motivo es que ya tenía en mente pedirle que entrara a mi servicio, aun antes de la desgracia de hoy.

Fournier no dijo nada. No sabía si sentirse halagado o preocupado por el interés personal de uno de los mayores nobles de Francia.

—Usted pertenece a una familia de perfumistas —continuó Enrique—, tenía por delante un futuro cómodo y seguro, y aun así ha decidido enrolarse en la Marina Real porque sentía la necesidad de servir a un ideal más alto. Ahora es tercer oficial, pero no creo que llegue nunca a comandante, ¿sabe por qué?

—No, señor duque.

—Porque no le gusta el mar. Le atrae la sensación de libertad que se vive en un barco, pero en el fondo sabe que no es la vida que desea y eso no le ayudará en su carrera.

Mientras el buque comenzaba a virar para invertir la ruta, Fournier lo miraba con la boca abierta. Parecía asustado, como si el hombre que tenía ante él fuera un adivino capaz de leerle el pensamiento.

Pese a la situación, Enrique de Guisa sonrió.

—Me nombraron arzobispo con quince años —explicó—. Después, cuando mi padre y mi hermano mayor fallecieron, tuve que renunciar a mis votos para heredar uno de los títulos más importantes de Francia. ¿Cree que habría sobrevivido mucho tiempo si no hubiera aprendido a valorar a los hombres desde pequeño?

Fournier tragó saliva.

—¿Qué quiere que haga exactamente?

Enrique de Guisa volvió a clavar los ojos en el mar mientras hablaba.

—Cuando vivía en Nápoles, había algunos ciudadanos influyentes dispuestos a apoyarme, pero los napolitanos son traicioneros, de forma que le daré una lista con los nombres y usted se ocupará de seleccionar a las personas adecuadas. También tendrá que encontrar a un español dispuesto a traicionar a su país vendiéndole información reservada sobre las defensas de la ciudad.



El oficial recuperó la compostura y cuando habló, lo hizo sin vacilación.

—Será un honor para mí servirle, señor duque —dijo—. Si me lo permite, lo mejor sería que desembarcara en Tolón y me dirigiera inmediatamente a Nápoles por tierra. Una vez allí, me haré pasar por un comerciante de perfumes. Me será fácil, porque es un oficio que conozco bien.

—Buena idea, y en cuanto pueda, venga a París para informarme acerca de sus progresos. Nada de mensajes ni mensajeros. Mazarino tiene espías por todas partes. Hemos de mantener el plan en el más estricto secreto.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Tiene un año a partir de hoy, ni un día más —dijo Enrique tras una brevísima reflexión—. Quiero celebrar las próximas Navidades en Nápoles. No me decepcione, Fournier, y sabré recompensarle.

—No lo haré, señor duque. Tiene mi palabra.

A lo lejos, las naves inglesas estaban maniobrando para alinearse, colocándose en la posición de batalla que se conoce como formación en línea de fila. Enrique de Guisa sonrió para sus adentros. Cuando viera virar a las naves francesas y retirarse, sir Robert Blake creería que había ganado sin necesidad de un solo disparo y Mazarino se alegraría, pero, como había dicho Fournier, aquello no era más que una retirada estratégica. Al final, la victoria sería suya.

PRIMERA PARTE
UN SECRETO PELIGROSO

I

Nápoles, 2 de septiembre de 1655

AGAZAPADA EN LA OSCURIDAD DETRÁS DE UN SETO DEL patio, Cecilia de Nola se quedó paralizada por el terror al oír las voces de los dos hombres a pocos pasos de ella. A causa de una apremiante necesidad había salido del salón del palacio Guzmán, donde acababa de actuar con su familia en un espectáculo de acrobacia y juegos de habilidad que el conde había querido ofrecer a sus huéspedes. Sabía que en la casa había unos cuartos a los que iban los señores para hacer sus necesidades, pero desde luego a ella no le habrían permitido usarlos, y además prefería que se la tragara la tierra antes que tener que explicarle nada a los altaneros criados de librea.

En la planta baja, detrás de las cocinas, tenía que haber alguna letrina para los criados. Así pues, mientras sus padres recogían los bártulos y se preparaban para salir del salón, ella salió corriendo. Se quitó el traje de la actuación a toda prisa y se puso el único vestido que tenía: una falda de tela negra que le llegaba hasta la pantorrilla y un corpiño verde sin mangas



encima de una camisa larga de algodón blanco con un motivo verde que le había bordado su madre en el cuello y los puños. Ella siempre le insistía en que se pusiera algo verde, porque le resaltaba el color de los ojos.

Después bajó al patio, sin hacer más ruido que el roce de los pies descalzos sobre el empedrado. Tenía unos botines con la suela de cuero y la caña de tela, pero solo se los podía poner para los espectáculos. Por las calles embarradas de Nápoles no le habrían durado ni dos días.

Antes de llegar a la cocina vio un seto en un lugar que le pareció resguardado y se le ocurrió que podía hacerlo ahí. Estaba oscuro, solo había dos faroles en la escalera y otros dos en la otra parte del patio, a un lado y otro del portón, donde seguían esperando los últimos dos carruajes. Casi todos los huéspedes se habían ido ya. No la vería nadie.

Sin pensárselo dos veces, se había agachado detrás de un arbusto de rosas y por fin había podido vaciar la vejiga con un suspiro de satisfacción. Pero entonces oyó unas voces y el corazón empezó a martillearle el pecho. Levantando la cabeza por detrás del arbusto vio que eran dos hombres, los dos bajos. Uno iba vestido de seda de pies a cabeza: chaqueta con faldones de seda rosa y bordados de oro, camisa y calzas de seda blanquísima, calzones de seda gris hasta la pantorrilla y zapatos brillantes con hebillas de plata. El otro debía de tener unos sesenta años y llevaba una melena de cabellos blancos que parecía la crin de un león. La baja estatura y la barriga prominente sobre las piernas delgadas contrastaban con el aspecto fiero del rostro. Cecilia no necesitó que se diera la vuelta hacia los faroles que colgaban a ambos lados de la escalera para reconocerlo. Era don Gustavo Guzmán, el conde, el señor de la casa y de todos los criados.

El miedo aumentó. Con quince años, la agotadora vida de los artistas ambulantes ya le había enseñado mucho. Una de



las primeras cosas que había aprendido era que los ricos podían hacerle a los pobres prácticamente todo lo que quisieran, sin consecuencias. Cecilia pensó en lo que podría pasarle si Guzmán descubría que se había escondido allí para orinar entre sus rosas. Darle una buena paliza y mandar que la azotaran sería lo mínimo. A lo mejor hasta se negaba a pagarle a su padre el espectáculo.

Los hombres estaban caminando hacia ella. Miró a su alrededor. Era imposible salir de allí sin que la vieran. Se encogió lo más que pudo, agazapada entre las hojas, intentando no hacer ruido. Menos mal que no se había cubierto la cabeza antes de salir. El algodón blanco de la cofia habría delatado su presencia como una bandera; en cambio, el pelo negro se camuflaba perfectamente entre las sombras.

—Entenderá que mi señor necesita garantías precisas, don Gustavo —estaba diciendo el que iba vestido de seda con un marcado acento francés—. Después del intento fallido del año pasado por culpa de la marina inglesa, no puede permitirse más sorpresas.

—Si le soy sincero, todavía no entiendo a qué viene todo ese afán por conquistar Nápoles. Hace ocho años, los sucesores de Masaniello le ofrecieron el gobierno de esa república de pacotilla que habían fundado después de arrebatarnos la ciudad a nosotros y luego lo echaron a los pocos meses, de modo que ya debería haberse dado cuenta de lo traicioneros que pueden llegar a ser los napolitanos. Aquí no encontrará más que problemas.

El francés suspiró y movió la cabeza de un modo que no significaba ni sí ni no.

—Es probable —dijo—, pero al duque le interesa consolidar su posición en Francia, y si consigue la anexión del reino de Nápoles para dejarlo en manos de Luis XIV, superará con creces

al cardenal Mazarino a los ojos del rey. Pero no puede permitirse otro fracaso y por eso es absolutamente necesario mantener el secreto. Nadie debe enterarse de una sola palabra de todo esto.

—El duque de Guisa se arriesga a convertirse en el hazmerreír de Francia si fracasa de nuevo —replicó con aspereza Guzmán—, pero a mí me decapitarían en la plaza del mercado de esta detestable ciudad y sería una deshonra para mi familia. ¿No le parece motivo suficiente como para que tome todas las precauciones posibles a fin de evitarlo?

Hablaban en español, pero Cecilia comprendía el sentido general de todas las frases. En Nápoles, casi todos entendían el idioma de los invasores.

—No lo pongo en duda, pero es mi deber pedírselo.

—Y yo le respondo: el secreto, por lo que a mí respecta, está garantizado. No he hablado de esto con nadie y no pienso hacerlo jamás. Nadie puede saber que he estado implicado, ni siquiera después de la conquista francesa de la ciudad. No seré más que un español derrotado que volverá a su patria, al igual que harán centenares de sus compatriotas. Por eso deseo aclarar que, después del desembarco, no volverá a recibir ningún tipo de ayuda de mí. A partir de ese momento, todo dependerá del duque.

—Cumplirá con su deber, no tema —respondió el francés con su acento nasal—. Y será muy generoso con quien le haya ayudado.

—No lo hago solo por dinero, creo que ya ha quedado claro.

—Naturalmente, pero el dinero es un símbolo muy eficaz para demostrar hasta qué punto ha sido valiosa una ayuda, y estoy seguro de que la suya será valiosísima.

Se habían parado a cinco o seis pasos de ella. La esencia de jazmín que emanaba el francés se mezclaba con el aroma de



las rosas. En el otro lado del patio, hacia el portón, un caballo dio una coz. Cecilia se concentró en los olores y en los ruidos para reprimir el deseo de echarse a llorar. No sabía leer ni escribir como los hijos de los ricos, pero no era tonta. Sabía perfectamente de lo que estaban hablando. Y un pensamiento le tañía en la mente, tan alto y fuerte como las campanas de la basílica del Carmine: si Guzmán la descubría, desenvainaría el espadín de empuñadura dorada que llevaba al cinto y la mataría allí mismo. No podía correr el riesgo de que alguien hubiera oído lo que acababan de decir.

Cecilia pensó que si moría, nadie la echaría en falta, y no consiguió contener las lágrimas. No se le daban bien las acrobacias, no sabía tocar ningún instrumento, aparte de la pandereta, y cuando su padre intentó usarla como figura humana para el lanzamiento de cuchillos estuvo a punto de que la mataran porque le daba tanto miedo que no se quedaba quieta.

Por rabia, le había pedido a su hermano que le enseñara a lanzar los cuchillos, aunque normalmente eso era cosa de hombres. Puso todo su empeño y aprendió a dar impulso moviendo el hombro, de forma que la fuerza se transmitiera primero al brazo y por último a la muñeca. En ese preciso instante había que abrir los dedos y soltar el cuchillo, que salía disparado hacia el blanco. Había practicado y tenía mucha puntería, pero cada vez que el hermano se ponía de espaldas contra la puerta y le pedía que lanzara, ella se quedaba petrificada, con la punta del cuchillo entre los dedos, por miedo a clavárselo.

Lo único que se le daba bien, y lo único que le alegraba, era dibujar. Era lo único que quería hacer en la vida, pero para una familia de acróbatas, saber dibujar era un talento inútil. Le dejaban que preparara los carteles para ilustrar las historias que

su hermano narraba en público con voz de tenor, pero esas no eran las cosas que contaban para ganarse el pan.

Pero por más inútil que fuera su vida, no quería morir. Dejó de llorar, sin enjugarse las lágrimas, sin moverse, sin sorberse los mocos, y mientras los otros dos seguían hablando, empezó a rezarle a san Jenaro para que la salvara, haciéndola invisible.

De pronto se dio cuenta de que ya no se oían las voces, ni la afeminada del francés ni la profunda de Guzmán. A lo mejor se había salvado. A lo mejor se habían alejado mientras ella rezaba. Pasó un momento, que se le hizo eterno, venció el temor y se obligó a asomarse por encima del rosal.

Seguían allí. Se había dejado engañar por una pausa. Antes de que le diera tiempo a bajar la cabeza, don Gustavo Guzmán se volvió hacia ella. Cecilia se quedó inmóvil, con los cabellos oscuros confundiendo entre las hojas. Si se agachara, el conde notaría el movimiento. Cerró los ojos y siguió rezando en silencio, sin mover los labios.

—Se lo diré al señor duque —dijo el francés, y la voz le pareció más lejana—. Sea leal y ya verá como todo sale según lo planeado. Esta vez el duque conquistará Nápoles.

Cecilia sabía quién era Enrique II de Lorena, duque de Guisa. Incluso una vez lo vio desde lo lejos, cuando desembarcó en Nápoles para ponerse al mando de la república. No pasaron ni seis meses antes de que tuviera que huir, y había oído decir que los españoles lo habían hecho prisionero, pero evidentemente lo habían soltado. Ahora quería vengarse, pero antes de desembarcar, se había asegurado el apoyo de un traidor: el conde Guzmán.

Se arriesgó a abrir los ojos y los vio alejarse hacia el carruaje que esperaba en la otra parte del patio, cerca del portón arqueado. Se levantó y, esforzándose por no correr, se dirigió hacia las caballerizas, donde su familia pasaría la noche.



En ese momento, sus padres estaban bajando por las escaleras de servicio. Ella se les había adelantado un momento, o eso era lo que debía de pensar cualquiera que la hubiese visto. En cuanto entró en los establos, pasó corriendo por delante de los caballos de la izquierda, saltando con los pies descalzos para no pisar el estiércol. Llegó al fondo, se dejó caer sobre un montón de paja y rompió a llorar.

Así fue como se la encontraron su padre, su madre y su hermano cuando entraron por la puerta que había dejado abierta. Cecilia les contó lo que había pasado, hablando en voz baja y sin dejar de retorcerse las manos.

Su padre no la creyó.

—Seguro que lo has entendido mal —dijo—. Es imposible que una guerra entre Francia y España para hacerse con Nápoles se decida en un patio, después de un espectáculo de titiriteros.

Sin embargo, tras una pausa que nadie osó interrumpir, añadió:

—De todas formas, será mejor que nos vayamos. Encontraremos algún sitio para dormir por la zona del puerto y cuando el conde se acuerde de nosotros, ya estaremos muy lejos.

Su madre intentó sonreír, diciéndole que san Jenaro había oído sus plegarias. Era imposible que el conde Guzmán la hubiera visto cuando se volvió hacia ella. Si no, no habría permitido que se fuera.

Cecilia asintió mientras sorbía. Eso era lo que ella quería creer, pero en el fondo sabía que no era verdad.